

La Sangre derramada por muchos



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

La Sangre derramada por muchos

Nº1971

Sermón predicado la mañana del Domingo 3 de Julio de 1887 por Charles Haddon Spurgeon. En el Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

“Porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados”. — Mateo 26: 28 ([α](#)).

El Señor Jesucristo vivía en aquel momento y estaba sentado a la mesa, y, con todo, señalando a la copa llena de rojo vino, dijo: “Esto es mi sangre... que por muchos es derramada”. Esto nos demuestra que no era Su intención decir que el vino era literalmente Su sangre. Ciertamente ya no es necesario refutar más el burdo dogma carnal de la transustanciación, el cual es obviamente absurdo. Allí estaba el Señor, vivo y sentado a la mesa de la cena, con Su sangre en Sus venas, y, en consecuencia, el vino no podía ser literalmente Su sangre. Debe valorarse el símbolo, pero confundirlo con la cosa simbolizada llevaría a la adoración idolátrica de un trozo de pan.

Nuestro Señor habló de Su sangre como ya derramada cuando todavía los clavos no habían atravesado Sus manos y Sus pies y la lanza no había perforado Su costado. ¿No ha de explicarse esto por el hecho de que nuestro Señor estaba tan ocupado pensando en nuestra redención por Su muerte, que hablaba de lo que estaba resuelto a realizar como algo ya consumado? Como disfrutaba de una amorosa comunión con Sus discípulos escogidos, hablaba libremente; Su corazón no consideró tanto la precisión como el sentimiento; y así, tanto en las palabras como en el sentimiento anticipó la fecha de Su grandiosa obra de expiación y habló de ella como algo ya realizado. Para explicar el futuro significado de la bendita ordenanza de la Cena del Señor, necesariamente tenía que tratar Su muerte como un hecho cumplido, y Su completa absorción en Su obra hizo que le fuera natural y fácil hacerlo. Él ignora los modos y los tiempos; “delante de él su obra”.

Mediante el uso de tal lenguaje, nuestro Señor también nos muestra la presencia permanente del grandioso sacrificio como un poder y una influencia. Él es el “Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo”, y, por tanto, habla de Su sangre como ya derramada. En unas cuantas horas sería derramada literalmente; pero desde largas edades previas, el Señor Dios lo había considerado como algo ya hecho. Con una plena confianza en la grandiosa Fianza y sabiendo que nunca se retractaría del perfecto cumplimiento de Sus compromisos, el Padre salvó a multitudes en virtud de la futura ofrenda por el pecado. Él tuvo comunión con miríadas de santos basándose en la fuerza de la purificación que sería presentada por el grandioso Sumo Sacerdote en el cumplimiento del tiempo. ¿Acaso no podía el Padre confiar en Su Hijo? Así lo hizo, y mediante ese acto nos dio un gran ejemplo de fe. Dios mismo es verdaderamente el Padre de los fieles en vista de que Él mismo puso una suprema confianza en Jesús, y con base en lo que Jesús haría después derramando Su alma hasta la muerte, Dios “abrió el reino de los cielos para todos los creyentes”. ¡Cómo, alma mía!, ¿no puedes confiar tú en el sacrificio ahora que ya ha sido presentado? Si su visión anticipada era suficiente para Dios, ¿no es suficiente para ti su consumación? “He aquí el Cordero de Dios”, que aun antes de morir fue descrito quitando el pecado del mundo. Si esto era válido antes de ir al Calvario, cuán seguramente es válido ahora que ha dicho con absoluta verdad: “Consumado es”.

Queridos amigos, voy a predicarles una vez más sobre la piedra angular del Evangelio. Me pregunto cuántas veces lo habré hecho, con ésta. La doctrina de Cristo crucificado está siempre conmigo. Así como el soldado romano en Pompeya se sostuvo firme en su puesto aun cuando la ciudad estaba siendo destruida, así me sostengo fiel a la verdad de la expiación aun cuando la iglesia está siendo enterrada bajo la lluvia de lodo hirviente de la herejía moderna. Todo lo demás puede esperar, pero esta verdad en particular debe ser proclamada con un sonido de trueno. Que otros prediquen como quieran, pero este púlpito siempre resonará con la sustitución de Cristo. “Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”. Algunos pueden predicar continuamente acerca de Cristo como un ejemplo, y otros pueden disertar perpetuamente sobre Su llegada a la gloria: nosotros predicamos también sobre ambos temas, pero principalmente predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente

tropezadero, y para los gentiles locura, mas para los llamados, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios.

Tienen ante ustedes una copa llena de vino que Jesús acaba de bendecir y de presentar a Sus discípulos. Cuando contemplen sus rojas profundidades, óiganlo hablar de la copa como Su sangre, pues de esta manera quiere enseñarnos una solemne lección.

I. Noten, primero, LA IMPORTANCIA DE LA SANGRE PRECIOSA DE CRISTO. La vital importancia de la gran verdad de la muerte de Cristo como un sacrificio vicario está expuesta ante nosotros en esta copa, que es el memorial de Su sangre derramada por muchos.

La sangre representa el sufrimiento, pero va más allá, pues sugiere el sufrimiento hasta la muerte. “La vida... es su sangre”, y cuando la sangre es derramada muy copiosamente, la muerte queda sobreentendida. Recuerden que en la sagrada cena se tienen dos emblemas separados: el pan como un emblema del cuerpo y luego el vino como un símbolo de la sangre, y de esta manera se tiene un cuadro claro de la muerte, puesto que la sangre ha sido separada de la carne. “Todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis”. Ambos actos son esenciales.

Se les invita a fijar su atención en la muerte de Cristo, y únicamente en ella. En el sufrimiento de nuestro Señor hasta la muerte vemos el ilimitado alcance de Su amor. “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos”. Jesús no podría amarnos más de lo que lo hizo entregándose la muerte, y muerte de cruz. ¡Oh Señor mío, en Tu sudor sangriento y en la perforación de Tus manos y pies y costado, veo la prueba más sublime de Tu amor! En todo ello veo que Jesús “me amó y se entregó a sí mismo por mí”.

Amados, yo les ruego que consideren frecuente y amorosamente los sufrimientos de su Redentor hasta el derramamiento de la sangre de Su corazón. ¡Acompáñenlo a Getsemaní, y de ahí a la casa de Caifás y de Anás, y después al pretorio de Pilato y al lugar del escarnio de Herodes! Contemplan a su Señor bajo los crueles azotes y en las manos de los verdugos en el monte de la afrenta. No olviden ni una sola de las aflicciones

que fueron mezcladas en la amarga copa de Su crucifixión: su dolor, su escarnio, su vergüenza. Fue una muerte reservada para esclavos y criminales. Para que sus profundos abismos fueran absolutamente sin fondo, fue desamparado incluso por Su Dios. Deja que la oscuridad de “Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?” oprima tu espíritu hasta que al hundirte en el sobrecogimiento te eleves también en amor. ¡Él te amó más que a Sí mismo! La copa significa amor hasta derramar Su sangre por ti.

Significa algo más. En nuestro himno llamamos a nuestro Señor: “Dador de vida para vida”, y eso es lo que esta copa significa. Entregó Su vida para que nosotros viviéramos. Ocupó nuestro lugar y nuestra condición en el día de la ira de Jehová, recibiendo en Su pecho el golpe de la espada de fuego que había sido desenvainada para nuestra destrucción. El derramamiento de Su sangre hizo nuestra paz con Dios. Jehová convirtió el alma de Su unigénito en una ofrenda por el pecado para que el culpable fuera absuelto. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. Eso es lo que significa el vino en la copa: significa la muerte de Jesús en lugar nuestro. Significa la sangre derramada del corazón del Dios encarnado para que podamos tener comunión con Dios, habiendo expiado por Su muerte el pecado que nos separaba de Él.

Nuestro bendito Salvador quiere que tengamos en gran reverencia Su muerte: ha de ser nuestro principal recuerdo. Ambos emblemas de la Cena del Señor exponen la muerte del Salvador. Esta ordenanza peculiarmente cristiana enseña eso primordialmente. La muerte de Cristo en favor de los hombres es la gran doctrina de la iglesia. Nosotros profesamos ser partícipes del mérito de Su muerte cuando nos acercamos a esta mesa; la muerte de nuestro Señor es recordada entonces, es mostrada, es declarada, es atestiguada y confiamos en ella. Evidentemente el Señor Jesús quiere que nosotros tratemos el hecho de Su muerte como una verdad que debe recibir de manera preeminente la prominencia; Él no habría instituido especialmente una ordenanza para recordarnos el derramamiento de Su sangre si no hubiera considerado que era algo primordial en toda Su carrera terrenal.

La otra ordenanza de nuestra santa fe también declara la muerte de nuestro Señor. ¿No somos “sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo”? ¿No es el bautismo un emblema de Su inmersión en las olas de la aflicción y de la muerte? El bautismo nos muestra esa participación en el sufrimiento de Cristo por la cual comenzamos a vivir; la Cena del Señor nos muestra esa participación en el sufrimiento de Cristo por la cual esa vida es sustentada. Ambas instituciones apuntan a Su muerte.

Además, amados, sabemos por la Santa Escritura que esta doctrina de la muerte de Cristo es la propia esencia del cristianismo. Si dejaran fuera a la cruz, habrían eliminado la religión de Jesús. La expiación por la sangre de Jesús no es un brazo de la verdad cristiana: es su corazón. Tal como el Señor dijo respecto del animal: “su vida, que es su sangre”, lo mismo es válido respecto del Evangelio: la muerte sacrificial de Jesús es el punto vital de nuestra profesión. Sin la sangre de Cristo no sé nada acerca del cristianismo. Ninguna enseñanza que arroje a la cruz al trasfondo es saludable.

El otro día, cuando indagaba acerca de la condición de una cierta congregación, mi informante me decía que había habido pocas adiciones a la iglesia, a pesar de que el ministro era un hombre hábil y diligente. Más adelante me hizo saber la razón de su fracaso, pues agregó: “yo he asistido allí durante varios años, y en todo ese tiempo no recuerdo haber oído ningún sermón sobre el sacrificio de Cristo. No niega la expiación, pero la deja fuera”.

Si esto es así, ¿qué pasará con las iglesias? Si la luz de la expiación es colocada bajo un almud, densas serán las tinieblas. Al omitir a la cruz habrán cortado el tendón de Aquiles de la iglesia: cuando ese tendón desaparece no puede moverse y ni siquiera puede ponerse de pie. La obra santa rueda al suelo: languidece y perece cuando se suprime la sangre de Jesús. Más que nunca la cruz tiene que ser puesta al frente por los fieles, porque los infieles son muchos. Esforcémonos por enmendar la deshonra hecha a nuestro divino Maestro por quienes niegan o infaman Su sacrificio vicario. Permanezcamos fieles a esta fe aunque otros vacilen, y prediquemos a Cristo crucificado aunque todos los demás se abstengan.

¡Gracia, misericordia y paz sean para todos los que exaltan a Cristo crucificado!

Esta conmemoración de la muerte de Cristo tiene que ser una conmemoración constante. La Cena del Señor tenía el propósito de ser una fiesta frecuente de compañerismo. La iglesia comete un terrible error cuando la comunión tiene lugar una sola vez al año, o una vez cada trimestre del año, y no puedo recordar ninguna Escritura que justifique el hacerlo una vez al mes. Yo no me sentiría satisfecho sin partir el pan cada día domingo. Me ha tocado hacerlo incluso con más frecuencia que una vez a la semana, pues ha sido mi deleite partir el pan con muchos grupitos de amigos cristianos. Siempre que se celebra esta Cena declaramos que “Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras”. No podemos pensar en esa muerte con demasiada frecuencia. Nadie fue culpado jamás en el cielo por predicar demasiado sobre Cristo; no, tampoco se les ha mencionado demasiado la cruz a los hijos de los hombres en la tierra. Las personas ajenas a esto podrían decir: “este hombre sólo toca una cuerda del arpa”. ¿Te asombras? La mente carnal es enemistad contra Dios, y especialmente muestra su odio lanzando improperios contra la cruz. En la perpetua monotonía de la cruz los santos encuentran una mayor variedad que en todas las demás doctrinas en su conjunto. Prediquen a Cristo, y a Cristo, y a Cristo, y a Cristo, y nada más que a Cristo, y los oídos que han sido abiertos encontrarán en su ministerio una maravillosa armonía de dulzuras concatenadas, una encantadora perfección de todo tipo de deliciosas voces. Todas las buenas cosas están dentro del ámbito de la cruz; sus brazos extendidos sombrean todo el mundo del pensamiento; la cruz proyecta una santa influencia desde el este hasta el oeste; entretanto, su base está plantada en lo profundo de los misterios eternos, y su parte superior atraviesa todas las nubes que cubren la tierra y se alza hasta el trono del Altísimo. Cristo es alzado sobre la cruz para poder atraer a Él a todos los hombres; y si nosotros deseamos atraerlos, ese debe ser nuestro imán.

Amados, tenemos que mantener a la sangre preciosa de Cristo en un recuerdo vivo. Hay para mí algo sumamente familiar en esa copa llena del fruto de la vid. El pan de la Cena es el pan de nuestro alimento común, y el vino es el usual acompañante de las fiestas. Yo bebo con mi amigo esa misma sangre pura de la uva que es puesta sobre nuestra mesa sacramental.

Miren esas gotas rojizas, de color rubí, que aluden a la sangre misma de su Señor. Yo no me hubiera atrevido a inventar ese símbolo; ni ningún hombre salido de un molde mortal se habría aventurado a hacer algo así, para que no pareciera que estaba rebajando esa augusta muerte a nuestro rastrero nivel; pero en infinita condescendencia Jesús mismo elige el símbolo, y mientras que por su materialidad ilustra la realidad del sacrificio, por su ordinariez muestra cuán gratuitamente podemos participar de él. Él no quiere que lo conozcamos según la carne y que olvidemos la naturaleza espiritual de Sus aflicciones; con todo quiere que sepamos que tenía un cuerpo real cuando se desangró, y que murió una muerte real, y que Su cuerpo tenía que ser enterrado; y, por ello simboliza Su sangre, no por medio de una fantasía etérea o de un signo místico, sino por medio del vino común en la copa. Así quiere alcanzarnos por medio de nuestros ojos y de nuestro gusto, usando dos puertas de nuestra naturaleza que conducen al castillo del corazón, pero que no son el camino usual que usa el Rey para ir allá.

Oh, bendito Maestro, ¿te encargas de enseñarnos tan enérgicamente? Entonces debemos estar impresionados con la realidad de la lección, y no debemos tratar nunca Tu pasión como una cosa del sentimiento, ni convertirla en un mito, ni verla como un sueño de la poesía. Tú serás sumamente real para nosotros en la muerte, como lo es esa copa de la que bebemos.

Los amados recuerdos del derramamiento de sangre de nuestro Señor tienen el propósito de ser un memorial personal. No hay Cena del Señor a menos que el vino toque los labios y sea recibido en el propio ser del comunicante. Todos deben participar. Él dice: “Bebed de ella todos”. No puedes tomar la Cena del Señor por medio de un representante o de un delegado; cada uno de ustedes debe acercarse a la mesa, y debe comer y beber personalmente.

Amados, tenemos que entrar en un contacto personal con la muerte de Cristo. Eso es esencial. Cada uno de nosotros debe decir: “Él me amó a mí, y se entregó por mí”. Tienes que ser lavado personalmente en Su sangre; tienes que ser reconciliado personalmente con Dios por medio de Su sangre; tienes que tener acceso a Dios personalmente a través de Su sangre, y por

Su sangre tienes que vencer personalmente al enemigo de tu alma. Así como la propia puerta del israelita debía ser embadurnada con la sangre del cordero pascual, así debes participar individualmente del verdadero Sacrificio, y cada uno debe conocer por sí mismo el poder de Su redención.

Como es algo personal, es un hecho encantador que sea una conmemoración feliz. Nuestra conmemoración de Cristo es sancionada con el arrepentimiento, pero también es perfumada con la fe. La Cena del Señor no es una comida fúnebre, sino un festival; muy apropiadamente la comenzamos con la acción de gracias y la concluimos con un himno. Es llamada por muchos la “Eucaristía”, o la acción de dar gracias; no es un ayuno, sino un festejo. Mis momentos más felices son los que paso con el Rey junto a Su mesa, cuando Su estandarte sobre mí es el amor. La muerte de Cristo es un manantial de solemne gozo. Antes que nuestro grandioso sacrificio muriera, el mejor símbolo de Su muerte era la sangre de los toros y de las cabras. ¡Vean cómo se retuercen las víctimas en la muerte! El cuchillo sacrificial hace una obra terrible al pie del altar; es difícil estar allí y ver cómo se desangran las criaturas. Después que ocurrió la muerte de nuestro Señor, la sangre de los animales ya no era el tipo, sino que era la sangre de la uva. Aquello que era terrible en perspectiva es gozoso en el recuerdo. Aquello que era sangre al ser derramada es vino al ser recibido. Provino de Él con una herida, pero nos llega con una bendición. Su sangre es nuestro cántico en la casa de nuestra peregrinación, y agregará la mejor música a nuestras armonías celestiales cuando cantemos delante del trono: “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre... a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos”. Si nuestro Señor Jesús ha hecho que el recuerdo de Su amor sea más dulce que el vino, no nos apartemos de él como si se hubiese convertido en un tema desagradable. Debemos encontrar en la cruz nuestros placeres más selectos.

Además, nuestro Salvador quería que sostuviéramos la doctrina de Su muerte y del derramamiento de Su sangre para la remisión de pecados hasta el final de los tiempos, pues la constituyó como una conmemoración perpetua. Bebemos esta copa “hasta que Él venga”. Si el Señor Jesús hubiera previsto con aprobación los cambios en el pensamiento religioso que serían introducidos por la creciente “cultura”, Él habría arreglado seguramente un cambio de símbolos que se adecuara al cambio de

doctrinas. ¿Acaso no nos habría advertido que, hacia el final del siglo diecinueve, los hombres se volverían tan “ilustrados” que la fe de la cristiandad tendría necesariamente que tomar una nueva ruta, y por tanto, habría señalado un cambio de los memoriales sacramentales? Pero Él no nos ha advertido de la llegada de esos hombres eminentemente grandes y sabios que han cambiado todas las cosas y que han abolido las verdades pasadas de moda por las que murieron los mártires.

Hermanos, yo no creo en la sabiduría de esos hombres, y aborrezco sus cambios; pero si hubiese habido alguna base para tales cambios, la Cena del Señor no habría sido establecida como una obligación perpetua. La perpetuidad de las ordenanzas indica una perpetuidad de la doctrina. Pero oigan hablar a los modernos: “Los Apóstoles, los Padres, los Puritanos, fueron hombres excelentes, sin duda, pero entonces, vean, todos ellos vivieron antes del surgimiento de esos maravillosos científicos que nos han ilustrado tanto”. Permítanme repetir lo que ya he dicho. Si hubiéramos llegado a un nuevo punto en cuanto a la fe, ¿no habríamos llegado a un punto nuevo en cuanto a las ordenanzas en las que esas creencias están encarnadas? Yo creo que sí. La intención evidente de Cristo al darnos ordenanzas establecidas, y especialmente al establecer ésta que conmemora tan claramente el derramamiento de Su sangre, era que supiéramos que la verdad de Su sacrificio está fijada y dirimida para siempre, y debe permanecer siendo la esencia de Su Evangelio de manera inmutable. Ni diecinueve siglos, ni diecinueve mil siglos podrían generar la más mínima diferencia en esta verdad, ni en la relativa proporción de esta verdad en cuanto a otras verdades, en tanto que dure esta dispensación. Hasta que Él venga una segunda vez sin una ofrenda por el pecado para salvación, la grandiosa obra de Su primera venida tiene que ser mantenida de manera primordial y por sobre todo en toda nuestra enseñanza, en nuestra confianza y en nuestro testimonio. Así como en el hemisferio austral la cruz es la guía del marinero, así, bajo todos los cielos, la muerte de nuestro Redentor es la estrella polar de nuestra esperanza en el mar de la vida. En la vida y en la muerte nos gloriaremos en la cruz de Cristo, y nunca nos avergonzaremos de ella, estemos donde estemos.

II. En segundo lugar, noten bien LA CONEXIÓN DE LA SANGRE DE CRISTO CON EL PACTO. Lean el texto de nuevo: “Esto es mi sangre del

nuevo testamento” (1). Una mejor traducción sería: “Esto es mi sangre del nuevo pacto”.

¿Cuál es este pacto? El pacto es el que acabo de leerles en Jeremías 31: 33: “Este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo”. Vean también Jeremías 32: 40: “Y haré con ellos pacto eterno, que no me volveré atrás de hacerles bien, y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí”. Busquen también en Ezequiel 11: 19: “Y les daré un corazón, y un espíritu nuevo pondré dentro de ellos; y quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne, y les daré un corazón de carne”. Miren la misma profecía en Ezequiel 36: 26: “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne”. ¡Qué magnífica Carta Magna es esta! El antiguo pacto dice: “Cumple la ley y vive”. El nuevo pacto dice: “Tú vivirás, y Yo te voy a conducir a cumplir mi ley, pues la escribiré en tu corazón”. ¡Felices son los hombres que saben que están bajo este pacto!

¿Qué tiene que ver la sangre de Jesucristo con este pacto? Tiene que ver con todo, pues el pacto no hubiera podido realizarse aparte de la sangre de Jesús. La expiación se daba como un hecho en el establecimiento del pacto. Nadie más podía haber estado como nuestro representante para cumplir nuestro lado del pacto, excepto el Señor Jesucristo; e incluso Él sólo pudo realizar ese pacto gracias al derramamiento de Su sangre. En esa copa vemos el emblema de la sangre que hizo posible el pacto.

Además, la sangre de Jesús garantiza el pacto. Su muerte ha cumplido el lado humano del pacto, y la parte de Dios está asegurada. La estipulación del pacto está cumplida en Cristo, y ahora su tenor es la pura promesa. Noten que los “yo haré” y “se hará” se suceden en rápida sucesión. Un arreglo de absoluta gracia de parte de Dios para con los indignos hijos de los hombres está ahora en plena acción a través del sacrificio de Cristo. El pacto de gracia, cuando es entendido debidamente, ejerce una bendita influencia sobre las mentes de los hombres conscientes de pecado.

El capellán de una cárcel, un querido amigo mío, me contó una vez el sorprendente caso de una conversión en el que un conocimiento del pacto

de gracia fue el principal instrumento usado por el Espíritu Santo. Mi amigo tenía bajo su cargo a un hombre sumamente mañoso y brutal. Era singularmente repulsivo, incluso en comparación con otros convictos. Había sido renombrado por su arrojo, y por la completa ausencia de todo sentimiento al cometer sus actos de violencia. Creo que había sido llamado “el rey de los estranguladores”. El capellán le había hablado varias veces, pero no había tenido éxito en obtener respuesta alguna. El hombre estaba ásperamente en contra de toda instrucción. Finalmente expresó un deseo por un cierto libro, pero como no estaba disponible en la biblioteca, el capellán le señaló la Biblia que estaba colocada en su celda, y le preguntó: “¿Has leído alguna vez ese Libro?” El hombre no respondió pero miró al capellán como si quisiera matarlo. El capellán repitió la pregunta amablemente, con la seguridad de que descubriría que valía la pena leerlo. “Amigo” —replicó el convicto— “no harías esa pregunta si supieras quién soy. ¿Qué tengo yo que ver con un Libro de esa clase?” El capellán le dijo que conocía muy bien su carácter, y que por esa razón le recomendaba la Biblia como el Libro que sería apropiado para su caso. “No me haría ningún bien”, —exclamó— “pues soy completamente insensible”. Cerrando su puño golpeó la puerta de hierro de la celda, y dijo: “Mi corazón es tan duro como este hierro; no hay nada en ningún libro que me pudiera tocar jamás”. “Bien” —dijo el capellán— “Tú necesitas un nuevo corazón. ¿Leíste alguna vez algo sobre el pacto de gracia?” A lo cual el hombre respondió malhumoradamente preguntando qué quería decir con esas palabras. Su amigo replicó: “Escucha estas palabras: ‘Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros’”. Las palabras dejaron al hombre sumido en el asombro, hasta donde le era posible; pidió que el capellán le encontrara ese pasaje en la Biblia. Leyó las palabras una y otra vez; y cuando el capellán vino a visitarlo al día siguiente, la fiera salvaje había sido domada. “Oh, amigo” —le dijo— “¡nunca soñé con una promesa así! Nunca creí posible que Dios hablara así a los hombres. Si Él me diera un nuevo corazón sería un milagro de la misericordia; y, con todo, yo pienso” —dijo— “que Él va a obrar ese milagro en mí, pues la propia esperanza de una nueva naturaleza está comenzando a tocarme como nunca antes fui tocado”. Ese hombre se volvió de modales amables, obediente a la autoridad, y semejante a un niño en espíritu. Aunque mi amigo ya no tenga el optimismo que una vez albergó acerca de la conversión de criminales, cree, sin embargo, que ningún observador podría haber cuestionado la

naturaleza genuina de la obra, y, sin embargo, el único instrumento fue la doctrina del pacto. Mi corazón rebelde no se ve conmovido por el hecho de que Dios me manda hacer esto o aquello; pero cuando Él declara que alguien es libre y es plenamente perdonado, y además le promete amor y favor, y una naturaleza renovada, entonces me siento quebrantado. ¿Cómo puedo rebelarme contra Alguien que realiza tales maravillas en mí, y que diseña tan grandes cosas para mí?

Disuelto por Su bondad me postro en tierra,
Y lloro alabando la misericordia encontrada.

¡Cuán amada y preciosa se vuelve la sangre de Cristo, puesto que es la sangre del pacto eterno! Al pertenecer a este bendito pacto, adoramos a partir de entonces la plenitud de esa gracia que, a costa de la más preciosa de todas las vidas, ha hecho este arreglo para hombres indignos.

Tal vez ustedes me pregunten: “¿Por qué nuestros traductores usaron la palabra ‘testamento’ en nuestra Versión Autorizada?” Ellos, en este caso, no fueron tan sabios como suelen serlo, pues de las dos palabras, “pacto” es la que mejor traduce al original; con todo, la idea de un testamento está incluida también allí. El original podría significar cualquiera de las dos cosas. La palabra “convenio”, que ha caído en desuso en nuestros días, fue empleada a menudo por nuestros antecesores calvinistas cuando hablaban de la eterna alianza de gracia. La palabra “convenio” podría significar tanto pacto como testamento: hay un pacto de gracia, pero como la estipulación del pacto es cumplida por nuestro Señor Jesús, el arreglo se convierte virtualmente en un testamento, a través del cual, por la voluntad de Dios, se aseguran incontables bendiciones para los herederos de la salvación. La sangre de Jesús es el sello del pacto, y transforma sus bendiciones en legados de amor transmitidos a los creyentes. El convenio o arreglo por el cual Dios puede ser justo y sin embargo ser el Justificador de los impíos, y por el cual puede tratar con los creyentes, no sobre los términos de la ley, sino sobre los términos de la pura gracia, es establecido por el sacrificio de nuestro Señor. ¡Oh, hermanos míos, como personas bajo el pacto de Dios, beban de la copa con gozo, y renueven su compromiso con el Señor su Dios!

III. Un tercer punto surge muy manifiestamente en el texto: LA SANGRE TIENE UNA ÍNTIMA CONEXIÓN CON LA REMISIÓN. El texto dice: “Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados”. Al sufrir, desangrarse y morir, Jesús ha procurado para los pecadores el perdón de sus pecados.

¿De cuáles pecados? De todos los pecados de toda clase y tipo, sin importar cuán atroces, agravados y multiplicados sean. La sangre del pacto quita todo pecado, sea cual sea; no ha habido nunca ningún pecado confesado con fe y llevado a Cristo que hubiere desconcertado a Su poder de limpiarlo. Esta fuente nunca ha sido probada en vano. Asesinos, ladrones, mentirosos, adúlteros y no sé qué otras cosas más han venido a Jesús a través de la penitencia y de la fe, y sus pecados han sido quitados por medio del mérito de Su sacrificio.

¿De qué naturaleza es la remisión? Es un perdón libremente otorgado que actúa inmediatamente y que permanece para siempre, de tal manera que no hay temor de que la culpa pueda volver a ser imputada a quien ya ha sido perdonado. Nuestros pecados son borrados por medio de la sangre preciosa, son arrojados en las profundidades del mar y son alejados de nosotros cuanto está lejos el oriente del occidente. Nuestros pecados cesan de existir; se les ha puesto un término; no pueden ser imputados en contra nuestra jamás. ¡Sí, escúchalo, escúchalo, oh vasta tierra! Que las alegres nuevas sobresalten a los más tenebrosos escondrijos de la infamia: ¡hay remisión absoluta de pecados! La sangre preciosa de Cristo limpia de todo pecado: sí, cambia el color escarlata en una blancura que sobrepasa a la blancura de la nieve recién caída; es una blancura que nunca puede ser manchada. Habiendo sido lavado por Jesús, el más negro de los pecadores se presenta sin mancha ante el tribunal del Juez que todo lo ve.

¿Cómo es que la sangre de Jesús efectúa eso? El secreto radica en el carácter vicario o sustitutivo del sufrimiento y de la muerte de nuestro Señor. Gracias a que Él estuvo en nuestro lugar, la justicia de Dios es vindicada y la amenaza de la ley es cumplida. Ahora es justo que Dios perdone el pecado. Que Cristo sufriera el castigo del pecado humano en lugar de los hombres ha hecho que el gobierno moral de Dios sea perfecto en justicia; ha puesto una base para la paz de la conciencia y ha convertido

al pecado en algo inmensurablemente odioso, aunque su castigo no recaiga en el creyente. Ese es el gran secreto, esas son las nuevas celestiales, ese es el Evangelio de salvación: que por medio de la sangre de Jesús el pecado es quitado con justicia. ¡Oh, cuánto ama mi propia alma esa verdad! ¡Por eso la divulgo en términos inconfundibles!

¿Y con qué propósito es garantizada esta remisión de pecados? Hermanos míos, si la remisión de los pecados fuera un fin en sí misma, sería un propósito noble, y valdría la pena predicarla cada día de nuestras vidas; pero el asunto no termina allí. Nos equivocariámos si pensáramos que el perdón de los pecados es el propósito definitivo de Dios. No, no; no es sino un comienzo, un medio para un propósito posterior. Él perdona nuestros pecados con el designio de curar nuestra pecaminosidad. Somos perdonados para que nos volvamos santos. Dios perdona el pecado para purificar al pecador. Si no hubiera tenido como meta tu santidad, no hubiera habido una necesidad tan imperativa de una expiación; pero para inculcar en ti la culpa del pecado, para hacerte sentir el mal que el pecado ha obrado, para hacerte saber tu obligación para con el amor divino, el Señor no te ha perdonado sin un sacrificio. ¡Ah, qué sacrificio! Él tiene por objetivo la muerte de tu pecaminosidad y que a partir de entonces lo ames, y le sirvas, y crucifiques a las lascivias que crucificaron a tu Señor. El Señor tiene por objetivo formar en ti la semejanza de Su amado Hijo. Jesús te ha salvado por Su abnegada obediencia a la justicia, para que tú pudieras entregar tu alma entera a Dios, y para que estuvieras dispuesto a morir en defensa del reino del amor y la verdad. La muerte de Cristo por ti te compromete a estar muerto al pecado, para que por Su resurrección de los muertos tú puedas resucitar a una vida nueva, y así te vuelvas como tu Señor. El perdón por la sangre tiene ese objetivo. ¿Captas el pensamiento? Si tú crees en el Señor Jesucristo, el propósito de Dios es hacerte semejante al Primogénito entre muchos hermanos, y obrar en ti todo lo que sea adecuado y de buen nombre. Pero eso no es todo: tiene el designio adicional de llevarte a una eterna comunión con Él mismo. Él te está santificando para que puedas contemplar Su rostro y para que seas apto para ser un compañero de Su unigénito Hijo a lo largo de toda la eternidad. Tú has de ser el compañero escogido y amado del Señor de amor. Él tiene un trono para ti, una mansión y una corona para ti, y una inmortalidad de tan inconcebible gloria y bienaventuranza que si tú te formarás aun la más lejana idea de ella,

ninguna manzana de oro de la tierra te apartaría de perseguir el premio de tu supremo llamamiento. ¡Oh, estar por siempre con el Señor! ¡Yo soy incapaz de alcanzar la altura de este grandioso argumento! Vean, hermanos míos, a qué los destina la sangre de su Señor. ¡Oh, alma mía, bendice a Dios por esa copa especial que te recuerda el grandioso sacrificio, y que te profetiza tu gloria a la diestra de Dios por siempre!

IV. No puedo olvidar notar, para concluir, LA CONEXIÓN DE LA SANGRE CON LOS HOMBRES. En el texto se nos informa que esta sangre es derramada “por muchos para remisión de los pecados”. Regocijémonos en grado sumo con esa gran palabra “muchos”. La sangre de Cristo no fue derramada solamente por el puñado de apóstoles. Había sólo once de ellos que realmente participaron de la sangre simbolizada por la copa. El Salvador no dice: “Esto es mi sangre derramada por ustedes, los once favorecidos”, sino que dice: “por muchos es derramada”.

Jesús no murió únicamente por los clérigos. Yo recuerdo haber leído en la vida de Martín Lutero que vio en una iglesia católica un cuadro del Papa y de cardenales y de obispos y de sacerdotes y de monjes y de frailes, todos ellos viajando a bordo de un barco. Todos iban a salvo, cada uno de ellos. En cuanto al laicado, pobres infelices, luchaban en el mar y muchos de ellos se ahogaban. Sólo se salvaban aquellos para quienes los buenos hombres que iban en el barco eran tan amables de extenderles una cuerda o una tabla. Esa no es la enseñanza de nuestro Señor: Su sangre es derramada “por muchos”, y no por unos cuantos. Él no es el Cristo de una casta, o de una clase, sino el Cristo de todas las condiciones de hombres. Su sangre es derramada por muchos pecadores, para que sus pecados puedan ser remitidos.

Los que estaban en el aposento alto eran todos judíos, pero el Señor Jesucristo les dijo: “mi sangre es derramada por muchos”, para hacerles ver que Él no murió sólo por la simiente de Abraham, sino por todas las razas de hombres que moran sobre la faz de la tierra. “Derramada por muchos”. Sus ojos, no lo dudo, miraban a estas islas lejanas, y a las vastas tierras ubicadas más allá del mar occidental. Pensaba en África, y en India y en la tierra de Sinim. Una multitud que nadie puede contar alegraba los ojos del Redentor que veían previsoramente y anticipaban todos los

acontecimientos. Él hablaba con un gozoso énfasis cuando dijo: “por muchos es derramada para remisión de los pecados”. Crean en los inmensurables resultados de la redención. Siempre que estemos haciendo arreglos para la predicación de esta sangre preciosa, hagámoslos a gran escala. La mansión del amor debe ser edificada para una gran familia. No debemos cantar diciendo:

Nosotros somos un jardín amurallado,
Mantengamos los muros muy firmes y seguros.

Esperemos ver que grandes números entren en el sagrado recinto. Todavía tenemos que abrirnos paso a la derecha y a la izquierda. Las masas han de ser compelidas a entrar. Esta sangre es derramada por muchos. Un grupo de media docena de convertidos nos alegra mucho, y así debería ser; pero, ¡oh, anhelamos tener seis mil convertidos de inmediato! ¿Por qué no? Esta sangre es derramada “por muchos”. Echemos la gran red al mar. ¡Ustedes, jóvenes, prediquen el Evangelio en las calles de esta populosa ciudad, pues está destinado para muchos! Los que van de puerta en puerta no piensen que pueden ser demasiado optimistas, puesto que la sangre de su Salvador es derramada por muchos, y los “muchos” de Cristo son una gran cantidad. Es derramada por todos los que han de creer en Él, derramada por ti, pecador, si confías en Él ahora. Si confiesas tu pecado y confías en Cristo, ten la certeza de que Jesús murió en tu lugar y en tu condición. Es derramada por muchos, de tal manera que ningún hombre ni ninguna mujer confiarán en Él en vano jamás, ni descubrirán que la expiación es insuficiente para ellos. ¡Oh, pidamos tener una magnánima fe, para que mediante un esfuerzo santo alarguemos nuestras cuerdas, y reforcemos nuestras estacas, esperando ver que la casa de nuestro Señor se llene de gente! Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos. Reflexionen en esa palabra: “muchos”, lo cual ha de fortalecerlos para labores de largo alcance.

V. Ahora noten LA CONEXIÓN DE LA SANGRE CON NOSOTROS MISMOS. Querido oyente, ¿estás tú entre los ‘muchos’? ¿Por qué no estás? Que Su gracia te conduzca a confiar en Él y que no dudes que estás entre los ‘muchos’. “Ah” —dices tú— “¡para eso estoy oyendo! ¿Cómo puedo

participar en el efecto de este sacrificio?” ¿Ves esa copa de vino que pongo ante ti precisamente ahora? ¿Cómo has de disfrutar este vino que llena la copa? ¿Cómo han de ser tuyas sus rojizas gotas? El asunto es muy sencillo. Me parece que te veo tomar el cáliz en tu mano y llevártelo a la boca. Bebes, y el acto está consumado. No es ningún misterio. El pan es nuestro al comerlo y el vino es nuestro al beberlo. Cristo es nuestro cuando lo recibimos. El mérito de Su sangre preciosa se vuelve nuestro mediante esa simple fe infantil que acepta que Jesús es nuestro todo. Decimos: “Aquí está; creo en ello; lo tomo; lo acepto como mío”. Es tuyo. Nadie puede quitarte lo que acabas de comer y beber. Cristo es tuyo para siempre si lo recibes en tu corazón.

Si tienes alguna pregunta referente a si has bebido, yo te diré cómo resolverla: ¡bebe de nuevo! Si has estado comiendo y has olvidado realmente si comiste o no —tales cosas les ocurren a hombres ocupados que sólo comen un poco— si, repito, quisieras estar seguro de que has comido, ¡come de nuevo! Si quieres tener la seguridad de que has creído en Jesús, ¡cree de nuevo! Siempre que tengas alguna duda acerca de si Cristo es tuyo, apodérate de Él. A mí me gusta comenzar de nuevo. Con frecuencia encuentro que la mejor forma de seguir adelante es regresar a mi primera fe en Jesús y como pecador renovar mi confianza en mi Salvador.

“Oh” —dice el diablo— “tú eres un predicador del Evangelio, pero tú mismo no lo conoces”. Antes yo solía argumentar con el acusador; pero ni lo merece, ni es nada provechoso para nuestro propio corazón. Nosotros no podemos ni convertir ni convencer al diablo; es mejor referirlo a nuestro Señor. Cuando el diablo me dice que no soy un santo, yo respondo: “Bien, ¿qué soy, entonces?” “Un pecador”, responde él. “¡Bien, tú también lo eres!” “¡Ah!”, —dice él— “tú estarás perdido”. “No” —digo yo— “la razón por la que no estaré perdido es que Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores, y, por tanto, yo confío en que Él me salve”. Eso es lo que Martín Lutero llama cortarle la cabeza al diablo con su propia espada, y es el mejor camino que puedes seguir.

Dices: “Si yo tomo para mí a Cristo como un hombre toma una copa y bebe sus contenidos, ¿soy salvo?” Sí, lo eres. “¿Cómo puedo saberlo?” Lo sabes porque Dios dice que así es. “El que cree en el Hijo tiene vida

eterna”. Si bien no sentía una palpitación de esa vida (no la sentía al principio), con todo, yo creía que la tenía, simplemente debido al argumento de la confirmación divina. Desde mi conversión, he sentido las pulsaciones de una vida más fuerte y vital que la vida del joven más vigoroso que haya corrido jamás sin cansancio; pero hay momentos en los que no es así. Justo ahora yo siento la vida celestial saltando gozosamente dentro de mí; pero cuando no la siento, me apoyo en esto: Dios ha dicho: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna”. ¡Las palabras de Dios contra todos mis sentimientos! Podría sufrir un ataque de desfallecimiento, y mis circunstancias podrían afectar mi corazón, así como este clima cálido afecta mi cuerpo y me hace sentir embotado y soñoliento; pero esto no deja sin ningún efecto a la Palabra de Dios. Yo regreso al Libro, y creo en la límpida Palabra del Señor: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna”. Eso me basta. Creo, y por tanto, vivo. Nuestra experiencia interior es una excelente evidencia corroborativa, pero el testimonio de Dios es el mejor fundamento que nuestra confianza pudiera tener.

Recuerdo una historia sobre William Dawson, a quien nuestros amigos wesleyanos solían llamar Billy Dawson, uno de los mejores predicadores que haya subido jamás a un púlpito. En una ocasión eligió como su texto: “Por medio de él se os anuncia perdón de pecados”. Cuando hubo anunciado su texto se dejó caer sobre el piso del púlpito, de tal manera que no se le podía ver, y sólo se oía una voz que decía: “No por medio del hombre en el púlpito; él está fuera de la vista, sino del Hombre en el Libro. El hombre descrito en el Libro es el Hombre por medio de quien les es predicado a ustedes el perdón de los pecados”. Ustedes y yo y todos los demás nos ocultamos, y les predico la remisión de los pecados únicamente a través de Jesús. Quisiera cantar con los niños: “Nada sino la sangre de Jesús”. Cierren sus ojos a todas las cosas excepto a la cruz. ¡Jesús murió y resucitó y fue al cielo, y toda la esperanza de ustedes ha de ir con Él! ¡Vamos, querido oyente, toma a Jesús mediante un claro acto de fe esta mañana! ¡Que Dios el Espíritu Santo te constriña a hacerlo, para que luego prosigas tu camino regocijándote! Que así sea en el nombre de Jesús.



(α) Porciones de la Escritura leídas antes del sermón: Mateo 26: 14-30; Jeremías 31: 31-37. [Copiado más abajo] [\[volver\]](#)

Nota del traductor:

(1) La King James Version utilizada por el pastor Spurgeon dice en Mateo 26: 28: “For this is my blood of the new testament...” Usa la palabra ‘testamento’, razón por la cual Spurgeon hace la aclaración sobre la mejor traducción: ‘pacto’. [\[volver\]](#)

Mateo 26:14-30

Judas ofrece entregar a Jesús

14 Entonces uno de los doce, que se llamaba Judas Iscariote, fue a los principales sacerdotes,
15 y les dijo: ¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré?
Y ellos le asignaron treinta piezas de plata.
16 Y desde entonces buscaba oportunidad para entregarle.

Institución de la Cena del Señor

17 El primer día de la fiesta de los panes sin levadura, vinieron los discípulos a Jesús, diciéndole: ¿Dónde quieres que preparemos para que comas la pascua?
18 Y él dijo: Id a la ciudad a cierto hombre, y decidle: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca; en tu casa celebraré la pascua con mis discípulos.
19 Y los discípulos hicieron como Jesús les mandó, y prepararon la pascua.
20 Cuando llegó la noche, se sentó a la mesa con los doce.

21 Y mientras comían, dijo: De cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar.

22 Y entristecidos en gran manera, comenzó cada uno de ellos a decirle: ¿Soy yo, Señor?

23 Entonces él respondiendo, dijo: El que mete la mano conmigo en el plato, ése me va a entregar.

24 A la verdad el Hijo del Hombre va, según está escrito de él, mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido.

25 Entonces respondiendo Judas, el que le entregaba, dijo: ¿Soy yo, Maestro? Le dijo: Tú lo has dicho.

26 Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo.

27 Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos;

28 porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados.

29 Y os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre.

30 Y cuando hubieron cantado el himno, salieron al monte de los Olivos.

Jeremías 31:31-37

31 He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá.

32 No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice Jehová.

33 Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos

por Dios, y ellos me serán por pueblo.

34 Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.

35 Así ha dicho Jehová, que da el sol para luz del día, las leyes de la luna y de las estrellas para luz de la noche, que parte el mar, y braman sus ondas; Jehová de los ejércitos es su nombre:

36 Si faltaren estas leyes delante de mí, dice Jehová, también la descendencia de Israel faltará para no ser nación delante de mí eternamente.

37 Así ha dicho Jehová: Si los cielos arriba se pueden medir, y explorarse abajo los fundamentos de la tierra, también yo desecharé toda la descendencia de Israel por todo lo que hicieron, dice Jehová.

Reina-Valera 1960